

cas, y todas corriendo, trepando, nadando, sumergiéndose, cruzando los aires, ó destacándose sobre la verde alfombra de las praderas, se convendrá conmigo en que aquella población alada de los pantanos debe ofrecer un espectáculo sorprendente.»

Pero la Hungría y las provincias del Danubio no son todavía un Eldorado para las zancudas: su número aumenta mas que el de las otras aves á medida que se acerca uno á los trópicos, aunque se encuentran igualmente muy numerosas en el norte: véñese con efecto en todas partes, en los tundras y los fjelds, donde abundan poco menos que los lagópedos; pero solo en la zona tropical aparecen con todas sus variaciones. Allí aumenta el número de individuos al propio tiempo que el de las especies, y al verlas tan numerosas, preguntase uno cómo puede satisfacer la naturaleza á todas sus necesidades. Solo el naturalista puede apreciar la cantidad de sustancias nutritivas que el agua ofrece al mundo animal que abriga en su seno; pero conocedor de las necesidades y hasta exigencias de cada ave, quizás se maraville de la cantidad prodigiosa de alimento que tantos miles de ellas consumen.

Impelida por un fuerte viento norte, mi barca surcó durante tres días las grises ondas del Nilo, recorriendo al menos 150 kilómetros en dicho espacio de tiempo, durante el cual no cesé de ver en ambas riberas y en todas las islas, una larga fila de zancudas, que descansaban, corrían, pescaban ó se bañaban: sin disputa alguna había allí centenares de miles de individuos de una misma especie, y unas cincuenta especies distintas. Todos los pantanos, y charcas ó almajares, donde se acumula el agua de las lluvias ó de las inundaciones, se hallan rodeados y literalmente cubiertos de un número equivalente de estas aves.

Lo mismo pasa en el sur de Asia, en las grandes islas adyacentes, en la América central y en la meridional. El viajero que remonta alguno de los grandes rios de las Indias, de Malaca ó de Siam, se admira desde luego al ver las blancas y magníficas flores que brillan en los árboles; pero se sorprende mucho mas cuando al acercarse reconoce que lo que le parecieron flores, son séres alados agitándose, miles de zancudas posadas en los árboles. A lo largo de los lagos se oprimen estas aves en inmenso número, y á veces forman compactas filas en un espacio de varias millas de extension. Spix y Martius hablan del efecto que les produjo la vista de un pequeño estanque muy abundante en peces: las espátulas rosa estaban alineadas en toda la orilla; las cigüeñas gigantes se paseaban por el agua; las pollas acuáticas corrían en medio de los patos; y en el lindero del bosque circulaban grandes bandadas de aves-frías. «Todo eran gritos, dicen aquellos observadores, una charla y un gorjeo sin fin, y cuanto mas contemplábamos el espectáculo, en que solo figuraban las aves en toda su libertad é independencia, menos deseo teníamos de turbar su tranquilidad y alegría. Vimos allí mas de diez mil, ocupada cada una en buscar su alimento: el espectáculo de la creacion parecia ostentarse allí majestuosamente, y nos hubiese admirado mas todavía si no hubiera sido la última de nuestras reflexiones que la guerra, y siempre la guerra, es el objeto final y misterioso de la existencia de los animales.»

Esto es verdad: las zancudas persiguen á otros animales, mientras que ellas son á su vez víctimas de una incesante persecucion. En verdad que pueden nutrirse de sustancias vegetales; pero ninguna se abstiene de los alimentos que le ofrece el reino animal; varias rivalizan en ferocidad con las rapaces, y no solo cazan los animales pequeños, sino tambien los vertebrados, por lo menos, todos los que pueden digerir. La garza real, considerada generalmente como un ave pesca-

dora, mata y se traga á los pequeños roedores y á los pajarillos de que se puede apoderar; la zancuda que se alimenta por lo regular de insectos, de gusanos y moluscos, devora tambien cuando puede un pez ó un reptil.

Por lo que hace á sus facultades intelectuales, las zancudas no son muy inferiores á las otras aves: pues aunque no pueden compararse con los loros ni con las cantoras, pues ni alcanzan tanto desarrollo como las de aquellos, ni tienen la voz y los vivos y alegres movimientos de las segundas, son superiores á muchas aves en este concepto. Su modo de andar varia desde la marcha lenta y majestuosa, hasta la mas rápida carrera; el vuelo no es menos variable: las que corren con ligereza vuelan tambien con rapidez; las que andan lentamente franquean el espacio batiendo poco á poco las alas. Algunas se remontan por los aires con tanta celeridad como la rapaz que cae sobre su presa; otras avanzan con pesadez, casi penosamente, y las hay que describen círculos ó hacen recortes que solo ejecutan las rapaces. Las zancudas son generalmente notables por la diversidad de su vuelo: en los árboles no suelen encontrarse bien, aunque hay algunas que se pueden considerar justamente como arborícolas, pues pasan la noche en ellos; y en la época de la reproduccion fijan allí su nido.

La mayor parte de las zancudas viven en el agua: excepto aquellas que se distinguen por sus costumbres exclusivamente terrestres, todas nadan, y varias de ellas lo hacen muy bien, existiendo algunas, que como verdaderas aves acuáticas, se sumergen perfectamente.

Por un concepto parece haber sido la naturaleza ingrata con estas aves; nos referimos á la voz. Encuétranse algunas que tienen la facultad bastante desarrollada de producir sonidos; pero figuran en muy corto número y su voz no es tampoco agradable sino cuando se compara con la de las otras zancudas. Las mas de ellas apenas emiten mas allá de una sola nota; las hay que producen un sonido ronco; otras tienen la voz chillona, algunas sorda; varias lanzan gritos plañideros, y tambien las hay que procuran reemplazar la voz que les falta con un castañeteo que producen con el pico. La mayor parte están bien dotadas en cuanto á los sentidos é inteligencia. No hay una sola cuya vista deje de ser penetrante, y que tenga el oido obtuso y el tacto poco sensible; tampoco las hay cuyo gusto y olfato sean tan realmente rudimentarios como se cree. Al examinar con atencion á las zancudas cautivas, obsérvase que saben distinguir bien los alimentos sabrosos de los que no lo son tanto: en varias de ellas se convierte el pico en órgano de tacto muy delicado, hasta el punto de tener tan exquisita sensibilidad como nuestros dedos. Todas las zancudas dan pruebas de prudencia y comprension, y algunas nos admiran por lo inteligentes; pero muy pocas nos parecen séres agradables. Las especies mas pequeñas se muestran inofensivas, pero las grandes son depotas; varias se distinguen por su malignidad y astucia, y reconociendo su fuerza, acometen á otros animales, y hasta al hombre mismo. Su instinto de sociabilidad parece inalterable, si bien no hay union verdadera sino entre las especies que nada deben temer unas de otras. Entre los miles de zancudas que se hallan reunidas en un mismo punto no existe realmente amistad; las mayores no se cuidan en lo mas mínimo de las pequeñas, y estas se alejan de ellas poseídas de un respetuoso terror, hasta que un peligro comun las hace olvidar á todas sus disensiones intestinas: las menos prudentes saben aprovecharse entonces de la inteligencia de las otras.

Difficil es describir de una manera general el modo de reproducirse estas aves, pues así en la forma y posicion del nido, como en el número, tamaño y coloracion de los hue-

vos, y en el desarrollo y educacion de la progenie, se observan considerables variaciones. Los pollos de las unas se crían en el nido; los de las otras le abandonan apenas nacen; tan pronto flota aquel sobre el agua, como está formado en una simple depresion en la arena; tambien se puede componer de yerbas, ó estar situado en los cañaverales, sobre un árbol ó en una meseta de rocas. Ciertas especies no ponen mas que un huevo cada vez; la mayor parte depositan de tres á cinco, y algunas de seis á diez. Aquellas cuyo nido flota en el agua, ó se halla en tierra, se llevan consigo á sus hijuelos poco despues de salir á luz; mientras que las que anidan en los árboles son verdaderas aves sedentarias; los pollos de las primeras aprenden muy pronto á buscar el alimento por sí mismos; los de las segundas necesitan ser alimentadas durante largo tiempo por sus padres.

Todas las zancudas que habitan en la zona templada emigran; y aun aquellas que en ciertas localidades no hacen mas que vagar de un punto á otro, emprenden largos viajes á otros países. Las unas recorren vastos espacios; las otras se detienen y fijan en el mediodía de Europa; las que habitan en las orillas del mar, viajan siguiendo las costas, y llegan de este modo á unos países en los cuales se establecen, por mas que parezcan hallarse fuera de su área de dispersion. Resulta de aquí que algunas de estas aves se encuentran en casi toda la superficie de la tierra: las que viven en el ecuador experimentan igualmente el deseo de viajar, y vagan errantes, pero con tan perfecta regularidad que podríamos decir que emprenden una verdadera emigracion.

Las zancudas deben evitar un gran número de enemigos: las mayores, bastante fuertes para defenderse, y dotadas de la necesaria prudencia para librarse de los ataques, no han de temer nada; pero las especies pequeñas deben huir de todos los animales carnívoros, de todas las rapaces, y hasta de ciertas zancudas, que devoran á los polluelos.

CAZA.—Casi en todas partes es tambien el hombre enemigo declarado de estas aves, siendo muy pocas las que pueden contar con su proteccion. Para algunas está justificada la persecucion que sufren, porque cometen muchos daños; pero á otras se las caza solo por la excelencia de su carne.

CAUTIVIDAD.—Aunque algunas zancudas no pueden acostumbrarse á la pérdida de su independencia, las mas se resignan fácilmente, y hasta las hay que llegan á ser verdaderas aves de corral y se granjean el aprecio del hombre.

#### I.º LOS ALECTORINOS—*Alectorina*

CARACTÉRES.—El primer sub-orden que comprende el orden de las zancudas, es el de los alectorinos, por constituir una especie de tránsito entre las gallináceas y los grálidos. Se caracterizan por tener el cuerpo grueso; cuello bastante corto; patas medianamente altas, provistas de tres dedos, y el pico tan largo como la cabeza.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Viven tanto en tierra como en el agua; aliméntanse de sustancias animales y vegetales; anidan en tierra y son precoces ó nidífugos, es decir, que al nacer abandonan el nido.

### LOS OTIDIDOS — OTIDIDÆ

CARACTÉRES.—Los otididos tienen grande ó mediana talla; cuerpo pesado; cuello mediano y grueso; cabeza bastante grande; pico fuerte y cónico, excepto en la base, donde es aplanado, y un poco voluminoso cerca de la punta de la mandíbula superior; tarsos gruesos, de mediana altura; los

dedos figuran en número de tres; las alas, bien desarrolladas y grandes, ligeramente cóncavas, con rémiges anchas y fuertes, siendo la tercera la mas larga; la cola se compone de veinte pennas anchas; el plumaje, liso y compacto, suele presentar vivos colores; las plumas del cuello y de la cabeza se prolongan en la mayor parte de estas aves. El macho difiere de la hembra por ser mayor y tener los tintes del plumaje mas vivos: el primero que echan los pequeños se parece al de la hembra.

Segun Nitzsch, la columna vertebral comprende catorce vértebras cervicales, ocho dorsales y seis caudales. Estas últimas forman en su conjunto una especie de triángulo; están provistas de largas apófisis espinosas que van disminuyendo de longitud desde la segunda á la última, la cual carece de ellas. Las dos primeras costillas son falsas, y no huesosas; las otras seis bastante anchas, la porcion huesosa se articula con el esternon. Este difiere completamente del de las brevipennas ó de las gallináceas, asemejándose por el contrario al del pluvial; la quilla es muy voluminosa; el cuerpo del hueso ofrece á cada lado, en su parte posterior, dos escotaduras, cubiertas por una membrana; la pelvis está conformada tambien como la del pluvial; los huesos del miembro superior ofrecen mas desarrollo que en las gallináceas. El antebrazo es mas largo que el húmero, y el esqueleto de la mano menos; en el miembro posterior, la pierna tiene mas extension y la nalga es mas corta. El peroné se suelda con la tibia hácia la mitad de su altura: las apófisis temporales son muy grandes, y los huesos palatinos muy anchos. El esqueleto de la cabeza se parece al del pluvial: la horquilla no es muy fuerte; se encorva ligeramente de adelante atrás, y carece de apófisis. El hueso coracoideo y la clavícula son cortos; el omoplato ancho; casi todos los huesos neumáticos. La lengua, semejante á la de la gallina, llena toda la cavidad bucal, cuya forma tiene tambien; es blanda, un poco bífida por delante, dividida por detrás en forma de hierro de lanza y dentada en su borde superior. El ventriculo subcenturiado es grande; el estómago membranoso, y muy dilatado; el bazo pequeño; el hígado mediano; la vesícula biliar voluminosa; el intestino ancho, seis veces mas largo que el cuerpo: los ciegos son muy prolongados. El aparato respiratorio ofrece asimismo diversas particularidades; debajo de la piel del cuello, por delante de la tráquea, existe una vasta bolsa membranosa que se abre debajo de la lengua, pero solo está provista de ella el macho adulto; durante el período del celo se llena de aire, pero pasada esta época vuelve á su ser natural, de tal modo, que se ha dado el caso de que negaran su existencia algunos sabios anatómicos, por no haber podido encontrarla.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Excepto en América, encuéntranse los otididos en todas las partes del mundo; pero sobre todo en África y Asia, pues son verdaderamente aves de las estepas.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—En nuestros países, los otididos habitan las llanuras unidas y descubiertas, mas no son tan numerosos como en las estepas; evitan los bosques, pero no los lugares poblados de breñas diseminadas, sitios preferidos sobre todo por las especies pequeñas.

Los otididos viven comunmente por reducidas bandadas, compuestas de varias familias; pero despues del período del celo se reúnen y constituyen otras de varios centenares de individuos, las cuales permanecen unidas durante algunas semanas. Las especies que habitan los países del sur son sedentarias; las que viven en los templados emigran con regularidad, ó bien se las ve vagar irregularmente en un espacio muy extenso.

Por pesados que parezcan los otididos, muévense con li-

gereza suma; andan en general con mesurado paso, aunque rápidamente. Diríase que tienen el vuelo torpe; pero no lo es tanto como pudiera creerse: después de haber corrido algún tiempo se remontan, llegan á cierta altura y vuelan, si no con mucha ligereza, al menos bastante tiempo, y hasta osan atravesar el mar.

Su voz difiere mucho según las especies: algunas son casi mudas, pues producen cuando mas sonidos, ó mejor dicho ruidos; otras, por el contrario, tienen una voz fuerte y sonora que dejan oír con frecuencia.

Excepto el olfato, los demás sentidos alcanzan bastante desarrollo; quien haya tenido ocasion de observar á estas aves, no les negará ciertamente la inteligencia. Todas son prudentes: examinan cuidadosamente lo que les parece sospechoso; rara vez se dejan sorprender; aprovechan de la experiencia, y no se fían ni aun de los seres mas inofensivos. Además de esto, son muy irritables y violentas, y no se puede menos de reconocer en ellas cierto valor, pues si huyen del enemigo que deben temer, le hacen frente en caso necesario, aunque se trate de un hombre. Se llevan bastante bien con sus semejantes; pero luchan con encarnizamiento cuando interviene el amor ó los celos: no temen acometer á otras aves tan grandes y fuertes como ellas, y en cuanto á los machos, llegan á ser verdaderamente malignos.

El género de vida de los otididos se parece al de las gallináceas, y también al de los pluviales. Si no son molestados, pasan todo el día en tierra: por la mañana pelean entre sí, gritan y comen; hácia el medio día entréganse al descanso y se revuelcan en la arena; por la tarde, comen por segunda vez, buscando luego un retiro seguro para pasar la noche. En muchas localidades se dejan ver con regularidad en ciertos puntos á horas determinadas; todos los días van en busca de nuevos parajes, ó bien recorren con la misma regularidad un espacio limitado.

Los otididos se mantienen principalmente de materias vegetales; los pequeños solo comen insectos, hasta el punto de perecer si no los encuentran; hasta que son medio adultos y llevan todas sus plumas no comienzan á nutrirse de sustancias vegetales. Los otididos comen granos, hojas, tallos y frutos; agrádales picotear las hojas; no tocan las de col cuando se las dan solas, al paso que les gusta mucho el cogollo entero: en cautividad se acostumbran pronto á comer pan.

Estas aves se reproducen á fines de la primavera: las grandes bandadas que se habian formado en invierno, se dispersan entonces, eligiendo cada macho una hembra. Aseguran algunos que los viejos toman dos ó varias; pero la mayor parte de las observaciones tienden á probar que viven en monogamia. Durante el período del celo se excitan aquellos en gran manera: andan arrogantemente, con el cuello dilatado, las alas levantadas y extendida la cola, peleando valerosamente con cualquier rival, y dejando oír su voz casi continuamente. Después del apareamiento, la hembra practica una ligera depresión en medio de los trigos ó de las altas yerbas, donde pone. El número de huevos de las grandes especies no pasa de dos; el de las pequeñas varía entre tres y seis. Solo cubre la hembra, siendo también ella la que conduce á sus hijuelos pero mas tarde se reúne el macho con la familia y la sirve de fiel guardian. Los pequeños otididos nacen cubiertos de plumon; durante los primeros días andan con torpeza y pesadez; crecen muy poco á poco.

**CAZA.**—En todas partes sufren estas aves una activa caza, y su mucha cautela aumenta las dificultades que aquella ofrece, poniendo á prueba la inteligencia del cazador. Empléanse los mas diversos medios para cogerlas, pero no siempre corona el éxito los esfuerzos que se hacen, aunque es bastante fácil apoderarse de estas aves con trampas.

**CAUTIVIDAD.**—Los otididos no se acostumbran bien á ella: si se les coge cuando son viejos, rehúsan el alimento que se les da, y se dejan morir de hambre; para conservar los pequeños se necesita tener mucho cuidado. En Hungría y Rusia se crían muchos; nosotros los recibimos vivos de Africa, Asia y Australia.

#### LA AVUTARDA MAYOR — OTIS TARDA

**CARACTÉRES.**—La avutarda mayor, *grande avutarda*, *oca avutarda* ó *avestruz de Europa* (fig. 160), como la llamaban, es una magnífica ave. El macho tiene la cabeza de color gris ceniciento claro, lo mismo que la parte alta del pecho y cierta extension de la cara superior del ala; las plumas del lomo son de un amarillo rojo, rayadas de negro al través; las de la nuca rojizas; las del vientre de un blanco sucio ó amarillento; las rectrices externas casi enteramente blancas, y las otras de un tinte rojizo, con una mancha blanca en la punta, precedida de una faja negra; las rémiges son de un gris pardo oscuro, con las barbas externas y la extremidad de un pardo negro, y los tallos de un blanco amarillento; las plumas del antebrazo son blancas en su raíz, negras en el resto de su extension, y las últimas casi enteramente blancas; la barba se compone de unas treinta plumas desbarbadas, largas y angostas, de color blanco gris; el ojo es pardo oscuro; el pico negruzco, y las patas grises. El ave tiene 1<sup>m</sup> y mas de largo, y de 2<sup>m</sup>,20 á 2<sup>m</sup>,40 de punta á punta de ala; esta mide 0<sup>m</sup>,70 y la cola 0<sup>m</sup>,28: su peso es de 15 á 16 kilogramos.

La hembra, algo menor que el macho, reviste un plumaje de color menos vivo, y carece de barba: mide cuando mas 0<sup>m</sup>,70 de largo por 1<sup>m</sup>,80 de punta á punta de ala.

**DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.**—Encuétrase esta avutarda en toda Europa, desde el sur de Suecia y el centro de Rusia, así como también en una gran parte del Asia; en Africa no se deja ver sino en el noroeste, pero en muy reducido número, en cierto modo aisladamente, y solo en invierno. Ha desaparecido casi completamente de Inglaterra; es bastante rara en Alemania, y mas en Francia y España, presentándose mas numerosa en Hungría, en las estepas de Rusia y en el Asia central. En sus emigraciones, ó mejor dicho, en sus viajes, no solo llega al sur, sino también á los países donde no se la ve en otras estaciones, como por ejemplo, en Holanda y Suiza.

En Alemania habita con regularidad todos los sitios convenientes de la llanura de los países del norte, así como los extensos campos desprovistos de bosque de la Alemania central y meridional; encuétrase sobre todo en la Marca, Pomerania, Posen, Silesia, Anhalt, Sajonia, Brunswick, Hannover, Turingia, los países del Rin y la Baviera, pero siempre en territorios aislados que convienen á su género de vida.

Se la ve á menudo por bandadas de un centenar de individuos, aunque no pueden compararse estas con las muchas mas considerables que recorren la Hungría y las estepas de Rusia.

**USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.**—Esta ave busca los sitios donde se cultivan los cereales. En las altas estepas, propiamente dichas, del Asia central, no la vió Radde tan abundante como en las de Udinski y de Bargusin y en el valle de Salenga, aun cuando el terreno era muy montañoso y se cultivaban cereales. En Grecia se deja ver en todas las llanuras, y en España se la encuentra igualmente en los fértiles campos de las dos Castillas, de Extremadura y de Andalucía: solo existen algunos individuos aislados en las islas del Mediterráneo.

La avutarda mayor no es un ave sedentaria: en Alemania

cambia regularmente de domicilio, sino que habita un dominio muy extenso, donde se mueve sin cesar en un espacio de varias leguas. No sucede lo mismo en Rusia, ni en el Asia central, á donde llega por la primavera: según Radde, se presenta en Dauria á principios de marzo, y permanece hasta el mes de agosto en el canton donde se ha reproducido. Sus emigraciones son, por lo tanto, cortas: Antinori dice que en Burgas, cerca de Varna, se mataron á palos en 1858 muchas avutardas; otros naturalistas han visto también bandadas de estas aves en los países del Mediterráneo. Por otra parte se sabe que en ciertas localidades, donde se reproducen, no abandonan en todo el invierno su residencia de verano, y que en tiempo de nieve suelen padecer mucho. La miseria contribuye, sin duda, á que se agrupen, pues solo en la estación fria se ven bandadas numerosas.

Esta ave huye de los grandes bosques, donde los matorrales le ofrecen serios obstáculos; evita igualmente los lugares habitados, pues conoce el peligro á que se expone si se deja ver del hombre. Kulz refiere que en Eupatoria observó grandes bandadas de estas avutardas que pasaban sobre la ciudad, en tiempo muy frio, siendo su vuelo tan bajo, que podía tirarlas desde su puerta. No sucede así en Alemania: la avutarda no se fija sino en las grandes llanuras, ó donde puede ver desde lejos la llegada del hombre; busca los lugares del todo descubiertos, y no se deja engañar fácilmente. Naumann cuenta que para observar á esta ave hubo de construir en los campos chozas de tierra, y esconderse en una antes de salir el sol; y aun así, es preciso que la avutarda se familiarice con la vista de aquellas durante algunos meses, ó por lo menos varias semanas, recorriendo que no ocultan nada peligroso, pues es tan recelosa que de todo sospecha. El citado naturalista añade que después de haber llovido mucho, para evitar esta ave la humedad de los sembrados, que le es perjudicial, se ve precisada á frecuentar los caminos ó los campos de barbecho; mas apenas divisa á lo lejos algo sospechoso, apresúrase á desaparecer en medio de los trigos. En invierno busca los campos donde puede encontrar que comer, como por ejemplo, los que están sembrados de grano; siendo en dicha estación aun mas cautelosa que en las otras, pues debe fijar mayormente su atención cuando le falta el abrigo natural que encuentra antes en medio de los cereales. Pasa la noche en los campos mas alejados de las casas, y no se dirige á ellos hasta la hora del crepúsculo; además de esto, parece que pone centinelas, que se relevan y vigilan por la seguridad de todos los individuos. «Apenas comienza á despuntar el día, dice Naumann, despiértanse las avutardas, se levantan, se desprecizan, agitan las alas, andan muy despacio de un lado á otro, vuelan luego simultáneamente, formando la retaguardia las mas grandes y pesadas, y se dirigen al campo donde han de comer, lejano siempre de aquel en que pasan la noche.»

El andar de la avutarda mayor es lento y mesurado, lo cual le comunica cierto aire majestuoso; pero cuando el caso lo requiere, corre con tal rapidez, que á duras penas le puede alcanzar un perro. Antes de volar da dos ó tres saltos, como para tomar impulso; no se remonta por los aires muy ligera ni sin trabajo; para avanzar da varios aletazos con lentitud, y cuando llega al fin á cierta altura, deslízase por los aires tan rápidamente que el cazador debe tener muy segura la puntería para conseguir herirla. Naumann dice que la corneja ha de hacer muchos esfuerzos para alcanzar á esta avutarda al vuelo. En cuanto á mí jamás he visto á esta ave avanzar con tanta rapidez por el espacio: cuando vuela extiende el cuello hácia adelante, y las patas hácia atrás, pero su pasado tronco se inclina un poco hácia la parte posterior, y en esto se la puede reconocer á larga distancia. Solo en las es-

tepas de Rusia se pone á tiro desde el suelo; en Alemania parece saber hasta dónde alcanza el arma del cazador; si una bandada se remonta al mismo tiempo, mantiéñense sus individuos á cierta distancia unos de otros, cual si temiesen los aletazos de los mas próximos.

La voz de la avutarda mayor es difícil de expresar: consiste en un ronquido extraño, que solo se oye á cierta distancia: yo no percibí nunca sino este sonido, ó mas bien este ruido, al observar los individuos cautivos; si tratase de anotar, le traduciría por *psae aerr*; pero no me sería posible expresar la entonación. Durante el período del celo, Naumann percibió un sonido bajo y sordo, que compara con el *huh, huh, huh*, de la paloma doméstica.

De todos los órganos de los sentidos de la avutarda, la vista es el mas desarrollado, lo cual se reconoce tanto en los individuos libres como en los cautivos. Nada escapa á sus miradas, y bien pronto aprende á estimar en su justo valor las impresiones visuales. «Desde muy lejos, dice Naumann, reconoce esta ave el peligro; si ve una persona sola, inspírale sospechas, y cuando esta, hallándose aun á mucha distancia, cree no haber sido observada, se engaña mucho, como se engañaría si esperase acercarse á tiro de fusil, ocultándose en algún montecillo ó zanja del camino. En el mismo momento en que el cazador se regocija de no haber sido descubierto, emprende el ave la fuga precipitadamente. Cuando las avutardas sospechan un peligro, suelen tender el cuello, y al verlas en tal actitud, inmóviles unas, otras corriendo de un lado á otro, el hombre práctico reconoce que han dejado de comer, y que se preparan á huir. Cualquiera que las mire con atención, bien sea mujer, pastor ó campesino, les inspira igual recelo; mas si la primera lleva algún bulto y pasa sin mirar, ó si los segundos parecen ocupados tan solo en sus animales, muéstranse mas confiadas, si bien no se ponen tampoco á tiro. Diríase muchas veces que á la distancia de trescientos pasos saben reconocer en las facciones de las personas si tienen ó no malas intenciones, y que saben distinguir perfectamente una escopeta de un palo ó de un instrumento de labranza.

Naumann cree que el oído y el olfato son mucho menos perfectos: oculto en una choza cubierta de tierra, se ha encontrado muchas veces en medio de las avutardas, viéndolas posarse al rededor de su escondite; hasta hubiera podido coger alguna con la mano; y sin embargo, no fijaban su atención en el humo de la pipa del naturalista, que salía por una abertura practicada en la pared de su escondite. Yo creo, por lo que he observado en individuos cautivos, que en esto hay exageración, pues no cabe duda que la avutarda cautiva oye muy bien.

Cuando el ave es adulta, aliméntase casi exclusivamente de plantas verdes y de granos; cuando pequeña no come sino insectos; se nutre de todas las plantas que crecen en nuestros campos, á excepcion quizás de las patatas; parece preferir la col y otras hortalizas; pero en caso necesario, come también los retoños de las yerbas. En invierno se alimenta sobre todo de colza y cereales de la estación; en verano coge los insectos, aunque sin cazarlos realmente. Durante la estación fria desentierra algunas veces con las patas los alimentos; traga granitos de cuarzo para facilitar la digestión; el rocío de la mañana, que bebe gota á gota, le basta para apagar su sed.

Ya en el mes de febrero, según Naumann, se observa un cambio en los movimientos de las avutardas. «Dejan de frecuentar con regularidad sus acostumbrados pastos, dice este naturalista, y ya no viven reunidas, manifiéstanse mas vivaces é inquietas hasta cierto punto, y diríase que se creen obligadas á vagar todo el día de un lugar á otro. Los machos